

El último guardián de la luz **Diego Cazar**

Cualquier turista que visita Quito siente la tentación de conocer la Mitad del Mundo. ¡Cómo no pisar la Tierra con cada pie en un hemisferio distinto y hacer la foto de rigor! Pero el famoso monumento que recibe a miles de visitantes no está sobre la línea equinoccial, sino a 7.7 segundos al sur del paralelo cero.

Sebastián Salvador me espera dentro de su pequeño jeep blanco, estacionado en una avenida del norte de Quito. Arrancamos. A través del parabrisas, las innumerables gotas de lluvia permiten ver un paisaje de luz blanca, de amanecer abrioleño. Nada promete que tengamos cielo despejado al llegar al cerro Catequilla. Esta es la segunda vez en la semana que el Sebas subirá "a la montaña", para repetir lo que ha aprendido desde hace más de nueve años, acerca de la verdadera Mitad del Mundo. No vive de hacerlo, aunque durante un tiempo sí fue este su único trabajo remunerado. Es músico, líder vocalista y guitarrista de la banda Fragua, con quien compuso el tema "La mina", que denuncia la explotación ilegal de las canteras de esta zona.

Estas visitas guiadas son capaces de sacarlo de la cama a cualquier hora para dar a conocer "el lugar más importante de la Tierra".

Hace 15 años, Cristóbal Cobo, un investigador que ahora reside en Cayambe, a 45 minutos de la capital ecuatoriana, llegó a un sitio árido enclavado en los Andes, a 2630 metros de altitud, y se encontró con una planicie semicircular, algo cubierta por la maleza y delineada apenas por una serie de piedras. Llegó al lugar trepando el monte a pie, pues esa era por entonces la única manera de hacerlo. No había senderos ni mucho menos caminos carrozables. Sin embargo, los pobladores de las localidades aledañas se daban modos para llegar a esa cumbre y disfrutar de un paisaje único.

Al salir de la ciudad, y más adelante, ya en la carretera, vi dos o tres rótulos rojizos que señalaban la dirección del monumento a la Mitad del Mundo: aquella torrecita medio piramidal coronada por un globo terráqueo virado, que se ha convertido en un símbolo nacional para el turismo. En cada rótulo aparece la silueta de aquel obelisco, entre la neblina. Sebastián los mira de reojo y sonrío con un gesto de desprecio, mientras habla de cómo conoció a Cristóbal, hace diez años, de cómo supo de la existencia de este lugar y de cómo, desde entonces, Catequilla se ha convertido "en lo que más sentido le ha dado a mi vida".

Cuando Cobo llegó, a pesar de que el sitio ya constaba en los registros estatales como un patrimonio arqueológico, nadie por entonces sabía que esas piedras alineadas en forma de luna estaban dispuestas así por razones que iban más allá del ornamento. El GPS demostró que ese punto de la cordillera

se encuentra a cero grados, cero minutos y cero segundos, exactamente sobre la línea equinoccial.

Hemos virado hacia la derecha, dejando la ruta habitual hacia el monumento de las postales. Rodeamos las faldas de otros cerros, casi desérticos todos. Sebastián los señala con el dedo y los nombra: Calderón, Pacpo, Jarata, "y ese que está al frente nuestro es Catequilla". Veo una montañita redondeada, todavía lejana y escondida tras la bruma, mientras cruzamos la urbanización La Pampa. Nos detenemos en una tienda de barrio para comprar un par de panes y desayunar, y seguimos adelante, hasta tomar un camino terroso que, desde el 2008, es la ruta hacia la cima.

La llegada

"Cuando le conocí al Cristóbal tuvimos un *conecte* increíble, él no podía creer que yo, siendo chamo todavía, conocía de estas cosas sin haber estudiado nada, y se emocionó, y empezó a insistirme que trabajara con él". Sebastián se interesó desde niño por el mundo andino. La atracción le vino de su abuelo Alfonso Salvador, un mestizo nacido en el pueblo de Urcuquí que vivió en la ciudad indígena de Otavalo, músico y fundidor de bronce para hacer campanas.

A los 20 años, poco después de terminar el colegio, Sebastián se encontró por casualidad con Cristóbal, un tipo que se la pasaba recorriendo las montañas día y noche, hacía sobrevuelos en ultraligeros y en helicópteros a sitios arqueológicos, un tipo que creía firmemente que en el Ecuador se encuentra el mejor observatorio astronómico natural del globo terráqueo, el sitio más idóneo para comprender el tiempo y el espacio. Tardó unos años en decidirlo, hasta que por fin se convirtió en el principal colaborador de Cobo. Ahora tiene 34 pero luce menor.

Estacionamos en medio de un basural que quiebra el paisaje. "¿Qué significa Ecuador?", me pregunta el Sebas, al bajar del auto. "Igualador", le respondo. "Y, ¿por qué crees que este país tiene este nombre?, mucha gente habla de que el nombre se debe a que por aquí pasa la línea que divide en dos a la Tierra, pero un igualador no divide, isino que más bien une!". Su tono de voz adquiere una fuerza sutil, didáctica, que no se diferencia mucho del tono normal pero sí insinúa que hay mucho por contar y que no le alcanzará el tiempo pequeño de su vida de humano para conseguirlo.

El camino es arenoso y la vegetación luce reverdecida en medio de un agresivo invierno que en otras latitudes del país ha anegado varias poblaciones, a estas alturas del año. Aquí, un poco de agua de lluvia es suficiente para que el panorama, casi de inmediato, adquiera verdor, al menos durante un mes. El resto del año, el polvo que se levanta de las decenas de canteras de material de construcción que han roto las colinas vuela como ahora lo hacen las nubes

provenientes del valle de Guayllabamba. “Ya mismo se ha de empezar a despejar”, vaticina el Sebas.

Pero, ¿por qué este sitio es tan sui géneris, si la línea equinoccial cruza tantos países, a lo largo de más de 40 000 kilómetros? “Porque este es el único lugar de alturas, alrededor del planeta y el perfil de las cumbres andinas permite la observación de toda la bóveda celeste”, me explica Sebastián. Mirando hacia el oriente, nos orientamos, el norte queda a nuestro costado izquierdo, y ante nuestras narices se asoma la cumbre del Cayambe, a 5790 metros de altitud, el único punto del paralelo cero con nieve. “Por eso, hay que empezar por cambiar nuestras formas de nombrar: no creo cuando me dicen que debo buscar el norte de mi vida. Yo debo orientar mi vida”.

La observación astronómica era una necesidad de los pueblos originarios, pues sobre la base de sus resultados se podían organizar las labores de siembra y cultivo, y en función de ellas, se idearon las celebraciones rituales y festivas, en agradecimiento al sol. Para Sebastián, este cerro era un lugar multifuncional en el cual coexistían actividades de observación de los astros para hacer cálculos, ritos espirituales y festividades. El sol, que *sale* por el oriente, fue siempre el centro de la cosmovisión ancestral.

A paso lento, como si acariciara el terreno con las puntas de los zapatos, como si buscara vestigios de cerámica entre la arena, habla de la necesidad originaria del ser humano de comprender al tiempo y al espacio para asentarse.

Avanzamos poco, nos detenemos a ratos para mirar las capas de suelo en un corte transversal que muestra una pared. A través de la observación de esas franjas de colores distintos, o estratigrafía, fue posible medir la antigüedad del sitio, ya que las pruebas de carbono son mucho más costosas. Se determinó que el pequeño complejo arqueológico de Catequilla data de épocas preincas, cuando grupos como los quitus habitaron la región.

Cuando Cobo dio con la trascendencia del sitio, sus investigaciones propiciaron la creación del Museo de la Cultura Solar, que permaneció activo en un local de la ciudadela creada en el espacio donde ahora se erige el monumento de las postales, pero, seis años después, los riesgos de que los turistas dejaran de ir a este sitio y prefirieran subir el Catequilla, obligaron a que Cristóbal, Sebastián y el pequeño equipo de guías nativos del museo, tuvieran que salir en busca de otro sitio para contar esta historia.

Las nubes se dispersan conforme nos aproximamos a la cima. Al llegar, un monolito de piedra, burdo, recubierto con una pintura amarillenta, es lo único que, aparentemente, existe en el lugar. Fue puesto por el personal del Instituto Geográfico Militar, como un hito topográfico, sin saber siquiera que con esa pieza se estaba también señalando al paralelo cero.

El dibujo del origen

“A ver, creo que por aquí dejé un lápiz”, dice el Sebas, y de una rendija entre las piedras del hito, saca una varilla de hierro de unos 20 centímetros de largo, y en cuclillas, empieza a dibujar sobre la arena del suelo.

Traza unas cuantas rayas y luego las une. El dibujo está alineado con el mundo, representa el lugar donde estamos y muestra cómo Catequilla resume con precisión absoluta la inclinación de nuestro planeta con respecto al sol, las líneas de los equinoccios y de los solsticios, los aparentes movimientos solares e incluso, los ciclos lunares, que equivalen a dieciocho años y medio... y mi gran sorpresa no le sorprende. Él habla de esto como lo obvio que le resulta y está seguro de que “nosotros debemos cambiar nuestra concepción de ver a la Tierra. Este planeta gira hacia allá –señala hacia el este- y es por ahí por donde vemos *salir* al sol y es hacia allá adonde vamos. Por eso el sol es tan importante para los egipcios, que lo llamaron Ra, como para los pueblos andinos, que lo llamaron Inti, o como para los tsáchilas, y este sitio es el punto de mayor energía lumínica de todo el planeta!”.

En la lengua tsa-fiqui, de los tsáchilas, la palabra Quito proviene de las partículas Qui, que significa mitad, y to, que significa mundo. De ahí el nombre de la capital ecuatoriana y de muchos de los pueblos y ciudades que se levantaron en sus inmediaciones: Sangolquí, Pomasqui y Urcuquí, la tierra del abuelo músico del Sebas. “A Quito le pusieron ese calificativo de la carita de Dios... iyo me cago en la carita de Dios, esta es La Ciudad de Dios, pero porque es la ciudad de la luz!

En la arena, finalmente, queda trazada una especie de estrella de ocho vértices y cuatro segmentos, un motivo que aparece en los textiles indígenas andinos, en los geoglifos mesopotamios, entre los sioux norteamericanos, en la artesanía huichol del territorio mexicano y en los elementos de cerámica de muchas de las culturas precoloniales. Algunos, erróneamente, lo llaman sol indígena, pero este es un Modelo Geocéntrico, es decir que pone a la Tierra como el eje desde el cual conocemos la vida. Representa a todos los aparentes movimientos del sol y sus perpendiculares. “Este es el comienzo del conocimiento del ser humano, así empezó todo”, me dice el cantante de Fragua. Se agacha y me muestra un poco de tierra suelta de una capa geológica de aproximadamente mil años de edad, en donde encuentra pequeños pedacitos de cerámica. Toma uno y me lo da, se agacha de nuevo y se limpia la mano frotándola delicadamente con una almohadilla vegetal que ha crecido entre las piedras.

El último guardián de la luz

¿Por qué hay cerámica de hace mil años tan por sobre la superficie?, me pregunto, y la respuesta no puede dejar de indignarme: a pesar de que el sitio

es considerado un vestigio arqueológico por el Estado ecuatoriano, cuando Cobo descubrió su importancia, un tal Gustavo Guayasamín compró el terreno y tan pronto como pudo, llevó maquinaria pesada para levantar la semicircunferencia trazada desde hace miles de años y removerla para fundir concreto en sus bases. Cristóbal y Sebastián, gracias al respaldo de un grupo de académicos de la Universidad Autónoma de México, UNAM, que debieron viajar a Ecuador para hablar con las autoridades locales, lograron detener este atentado, pero no pudieron evitar que se cometiera una violación irreparable al sitio, pues esas piezas de cerámica ya no están donde debían estar. "Ahora, yo soy el único guardián de este sitio", me cuenta.

Cristóbal se trasladó a Cayambe, donde vive ahora, y construyó un reloj solar en otro punto sobre la línea para continuar investigando e impartiendo sus conocimientos entre los lugareños y los visitantes.

Mientras los dos recorremos la planicie de Catequilla con el sol ya sobre las coronillas, dos o tres motociclistas llegan al lugar, dan vueltas alrededor del monolito, contemplan el paisaje como si se tratara de cualquier mirador de ciudad, nos echan un vistazo y arrancan hacia abajo, haciendo ruidos en forma de polvo con los escapes. Antes ya había llegado un tipo en su camión y quizás al bajar había nutrido el basural donde dejamos estacionado el jeep blanco.

Hacia el noroccidente de la cumbre de Catequilla, una plataforma circular de aproximadamente siete metros de diámetro es otra parte del complejo arqueológico, tal vez la que mejor se conserva, pues las numerosas piedras que rellenan el círculo aún muestran líneas que parecerían decir algo más. Allí se pueden apreciar los efectos lumínicos que provocan los aparentes movimientos de la luna en las fechas precisas.

Más adelante, el Sebas señala cómo ese semicírculo original, dibujado por los habitantes milenarios de la verdadera Mitad del Mundo, fue prolongado con tierra del mismo sitio, hasta intentar cerrar la circunferencia. La idea fue de Guayasamín. El resultado: un falso histórico de lamentables consecuencias, pues ese espacio presuntamente incompleto es el que define el ángulo de inclinación de la Tierra con respecto al sol, que equivale a 23 grados y medio; es el espacio entre la línea que señala los solsticios del 21 de junio y del 22 de diciembre en relación con el paralelo cero o ecuador.

"La línea no divide, sino que une al mundo para construir otro mundo de equilibrio, de igualdad y de justicia. Se trata de cómo la palabra que nombra a este país puede sostener una verdad, por eso creo que Ecuador es el mejor nombre de la Tierra, es una razón de ser, significa ser ciudadano de balance, de igualdad y de justicia, y la gente que vivió aquí lo fue".

No siento que he oído todo. Es más, siento que mi tiempo pequeño de ser humano no ha sido jamás tan pequeño como en este espacio. Mi tiempo y mi

espacio. Miro hacia el cielo y me imagino que una noche de verano en Catequilla debe ser una experiencia aún más maravillosa que esta y que eso sería ya otra historia.

“Cuándo quieras volvemos, pues”, me promete el Sebas al entrar de nuevo al auto, y enseguida los dos miramos hacia Quito, la ciudad de la luz, cubierta por una inmensa nube de aguacero.

Disponível em <http://diegocazarbaquero.wordpress.com/2013/03/31/el-ultimo-guardian-de-la-luz/>

Acessado em 24 de julho de 2013